

# Banda aparte. Formas de ver

## (Ediciones de la Mirada)

Título:  
Destruir

Autor/es:  
Blanchot, Maurice

Citar como:  
Blanchot, M. (1996). Destruir. Banda aparte. (5):7-9.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42177>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# DESTRUIR

Maurice Blanchot

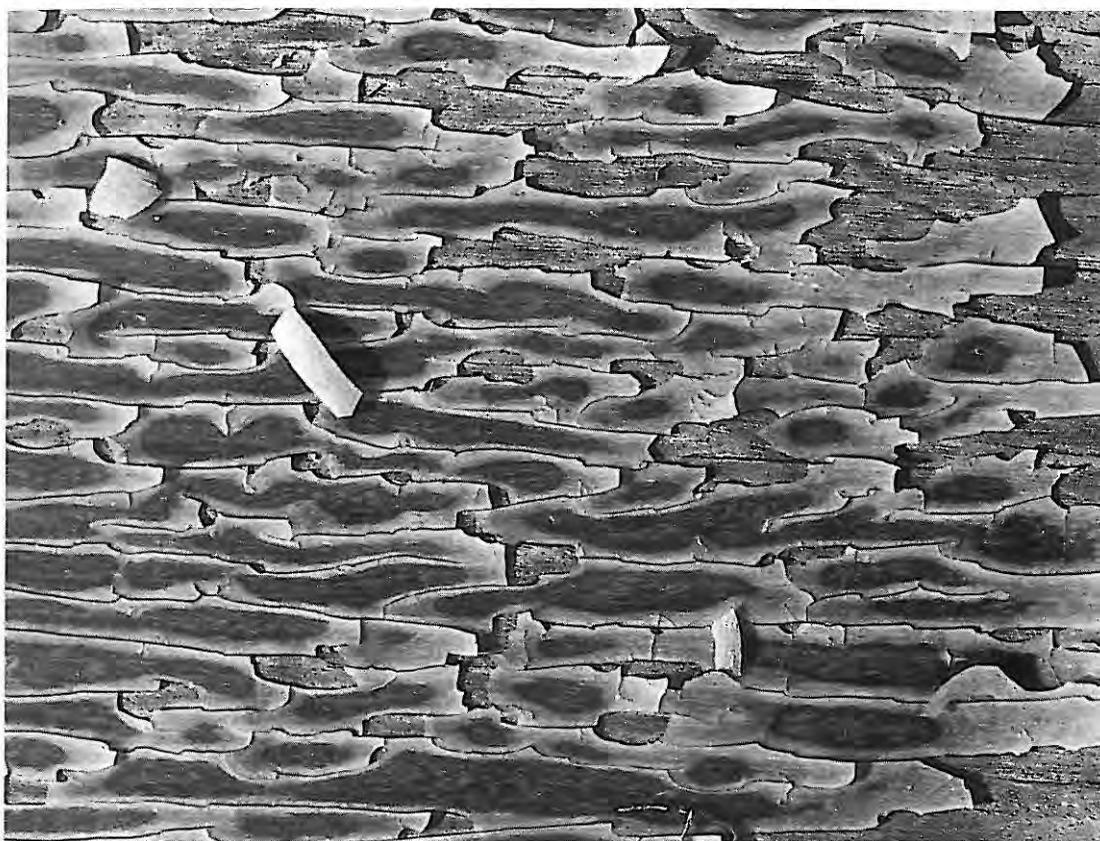


Foto: Yo Carr

**D**estruir: le ha correspondido a un libro (¿un “libro”? ¿un “film”? ¿el intervalo entre los dos?) darnos esa palabra como una palabra desconocida, propuesta por todo otro lenguaje del que sería la promesa, lenguaje que quizá sólo tiene esa palabra para decir<sup>1</sup>. Pero oírla es difícil, para los que formamos parte del viejo mundo. Y oyéndola es a nosotros mismos a quienes oímos, con nuestra necesidad de seguridad, nuestras certidumbres posesivas, nuestros pequeños disgustos, nuestros grandes resentimientos. Destruir es entonces, a lo mejor, el consuelo de una desesperanza, una palabra de *orden* que sólo vendría a apaciguar en nosotros las amenazas del tiempo.

¿Cómo oírla, y no servirnos de los vocabularios que un saber por lo demás legítimo, pone a nuestra disposición? Digámoslo con calma: hay que amar para destruir, y el que pudiese destruir por una pura acción de amar, no dañaría, no destruiría, daría solamente, dando la inmensidad vacía donde destruir deviene una palabra no privativa, no positiva, la palabra neutra que lleva el deseo neutro. *Destruir*. Sólo es un murmullo. No un término único, glorificado por su unidad, sino una palabra que se multiplica en un espacio enrarecido y que aquella que la pronuncia anónimamente, joven figura venida de un lugar sin horizonte, juventud sin edad, de una juventud que la

duras

torna muy antigua o demasiado joven para parecer solamente joven. Así, los griegos saludaban en cada adolescente la espera de una palabra de oráculo.

— *Destruir*. Cómo resuena: dulcemente, tiernamente; absolutamente. Una palabra -infinitivo marcado por el infinito- sin sujeto; una obra -la destrucción- que se cumple por la palabra misma: sólo nuestro conocimiento pueda reponerse, sobre todo si ella espera posibilidades de acción. Es como una claridad en el corazón; un secreto repentino. Nos es confiado, con el fin de que, destruyéndose, nos destruya para un futuro separado de todo presente por siempre jamás.

— ¿Personajes? Sí, están en posición de personajes, de los hombres, de las mujeres, de las sombras y, sin embargo son *puntos de singularidad*, inmóviles, aunque el recorrido de un movimiento en un espacio enrarecido, en el sentido de que casi nada puede pasar, se realiza de uno a otros, recorrido múltiple por el que, fijos, no cesan de cambiarse e, idénticos, de cambiar. Espacio enrarecido donde el efecto de rareza tiende a volver infinito hasta el límite que no lo limita.

— Seguridad, lo que ocurre allí ocurre en un lugar que podemos nombrar: un hotel, un parque y, más allá, el bosque. No interpretamos. Es un lugar del mundo, de nuestro mundo: todos hemos residido ahí. De todos modos, aunque abierto por todas partes a la naturaleza, está estrictamente delimitado e incluso cerrado: sagrado en el sentido antiguo, separado. Allí, antes de que comience la interrogación del libro, la interrogación del film, parece que la muerte -una cierta manera de morir- haya realizado su labor, introduciendo el ocio mortal. Todo está vacío, en falta en relación a las cosas de nuestra sociedad, en relación a los sucesos que parecen producirse: comidas, juegos, sentimientos, palabras, libros que no se escriben, que no se leen e incluso las noches que pertenecen, en su intensidad, a una pasión ya difunta; nada es confortable, puesto que nada es completamente real ni irreal: como si la escritura pusiese en escena, sobre un fondo fascinante de ausencia, apariencias de frases, restos de lenguaje, imitaciones de pensamientos, simulaciones de ser. Presencia que no sustenta ninguna presencia, ya futura, ya pasada; olvido que no supone olvido y que se destaca de toda memoria: sin certezas, jamás. Una palabra, una sola palabra, postrera o primera, interviene, con todo el estallido discreto de una palabra anunciada por los dioses: *destruir*. Y, aquí, recobramos la segunda exigencia de esta nueva palabra, pues si hay que amar para destruir, también, antes de destruir, hay que haberse liberado de todo, de sí, de las posibilidades vivas y también de las cosas muertas y mortales, por la muerte misma. Morir, amar: sólo así podremos acercarnos a la destrucción capital, la que nos destina la verdad extraña (tan neutra como deseable, tan violenta como alejada de todas las fuerzas agresivas).

— ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? Ciertamente seres como nosotros: no hay de otra clase en este mundo. Pero también seres ya radicalmente destruidos (de donde la alusión al judaísmo), hay tal punto que, lejos de dejar desafortunadas cicatrices esa erosión, esa devastación o ese movimiento infinito de morir que son ellos como el único recuerdo de ellos mismos (en éste con el fulgor de una ausencia al fin revelada, en aquel por la lenta progresión aún inacabada de una duración y, en la muchacha, por su juventud, pues ella está puramente destruida por su relación absoluta a la juventud), los ha liberado por la dulzura, por la atención al prójimo, por el amor no posesivo, no particularizado, no limitado: liberados por todo esto y por la singular palabra que se transmiten del uno al otro, habiéndola recibido de la más joven, de la adolescente nocturna, la que, sola, puede “decirla” con una perfecta verdad: *destruir, dice*.

A veces, evocan misteriosamente lo que podían ser para los antiguos griegos, siempre al mismo nivel que ellos, tan familiares como extraños, tan cercanos como lejanos, los dioses: dioses nuevos, libres de toda divinidad, llegando ahora y siempre, aunque salidos del más antiguo de los pasados, de los hombres pues, solamente sustraídos a la pesadez humana, a la verdad humana, pero no al deseo, ni a la locura, que no son rasgos humanos. Dioses quizá, en su singularidad múltiple, en su desdoblamiento no visible, esa relación con ellos mismos durante la noche, el olvido, la simplicidad compartida de eros y de thanatos: muerte y deseo al fin a nuestro alcance. Sí, los dioses, pero, según el enigma no dilucidado de Dionisos, los dioses locos, y es una especie de intercambio divino que, antes de la carcajada final, en la inocencia absoluta a la que debemos acceder, los conduce a designar a su joven compañera como la que está *loca* por esencia, loca por encima de todo saber de la locura (la misma figura a la que Nietzsche, desde el fondo de su propio extravío, llamaba con el nombre de Ariane).

—Leucate: Leucade: lo brillante de la palabra “destruir”, esa palabra que brilla pero no ilumina, aunque estuvieses bajo el cielo vacío, siempre asolado por la ausencia de los dioses. Y no pensemos que una palabra tal, ahora que ha sido pronunciada por nosotros, pueda pertenecernos o sernos válida. Si el “bosque” sólo es eso, sin misterio ni símbolo, no es otra cosa que el *límite* imposible que se ha de transgredir, sin embargo siempre es tan franqueable como infranqueable, y es de allí -el lugar sin lugar, el fuera- de donde sobreviene, en el estrépito del silencio (así era Dionisos, el más tumultuoso, el más silencioso), apartado de toda significación posible, la verdad de la palabra extraña. Viene a nosotros, de lo más lejos, por el inmenso rumor de la música destruida, viniente, quizá engañosamente, como el comienzo también de toda música. Algo, la supremacía misma, desaparece aquí, aparece aquí, sin que podamos decidirnos entre aparición y desaparición, sin decidir entre el miedo y la esperanza, el deseo y la muerte, el final y el comienzo de los tiempos, entre la verdad del regreso y la locura del regreso. No es sólo la música (la belleza) la que se anuncia como destruida y sin embargo renaciente: es, más misteriosamente, a la destrucción como música a lo que asistimos y donde tomamos parte. Más misteriosamente y más peligrosamente. El peligro es inmenso, la pena será inmensa. ¿Qué será de esa palabra que destruye? No lo sabemos. Sólo sabemos que corresponde a cada uno de nosotros llevarla, de ahora en adelante con la inocente joven compañera a nuestras espaldas, la que da y recibe la muerte como eternamente.

(Texto publicado en el libro: *Marguerite Duras. Edit. Albatros. París.*  
Traducción de Josep Carles Laínez)

NOTA: 1. Remito primero al libro: *Détruire, dit-elle* de Marguerite Duras.

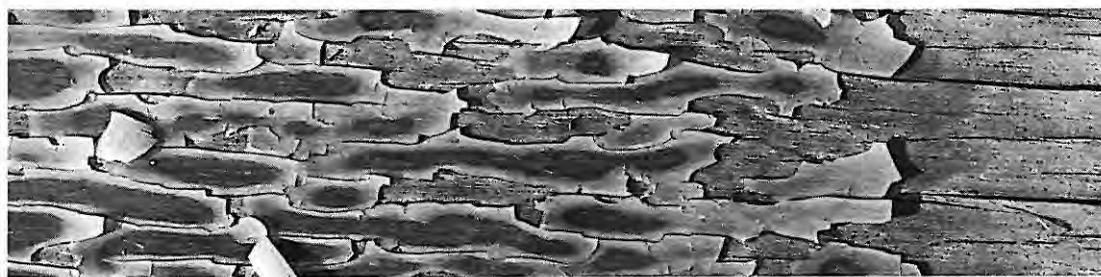


Foto: Yo Carr